

Música expresiva de Fernando del Paso

HÉCTOR IVÁN GONZÁLEZ

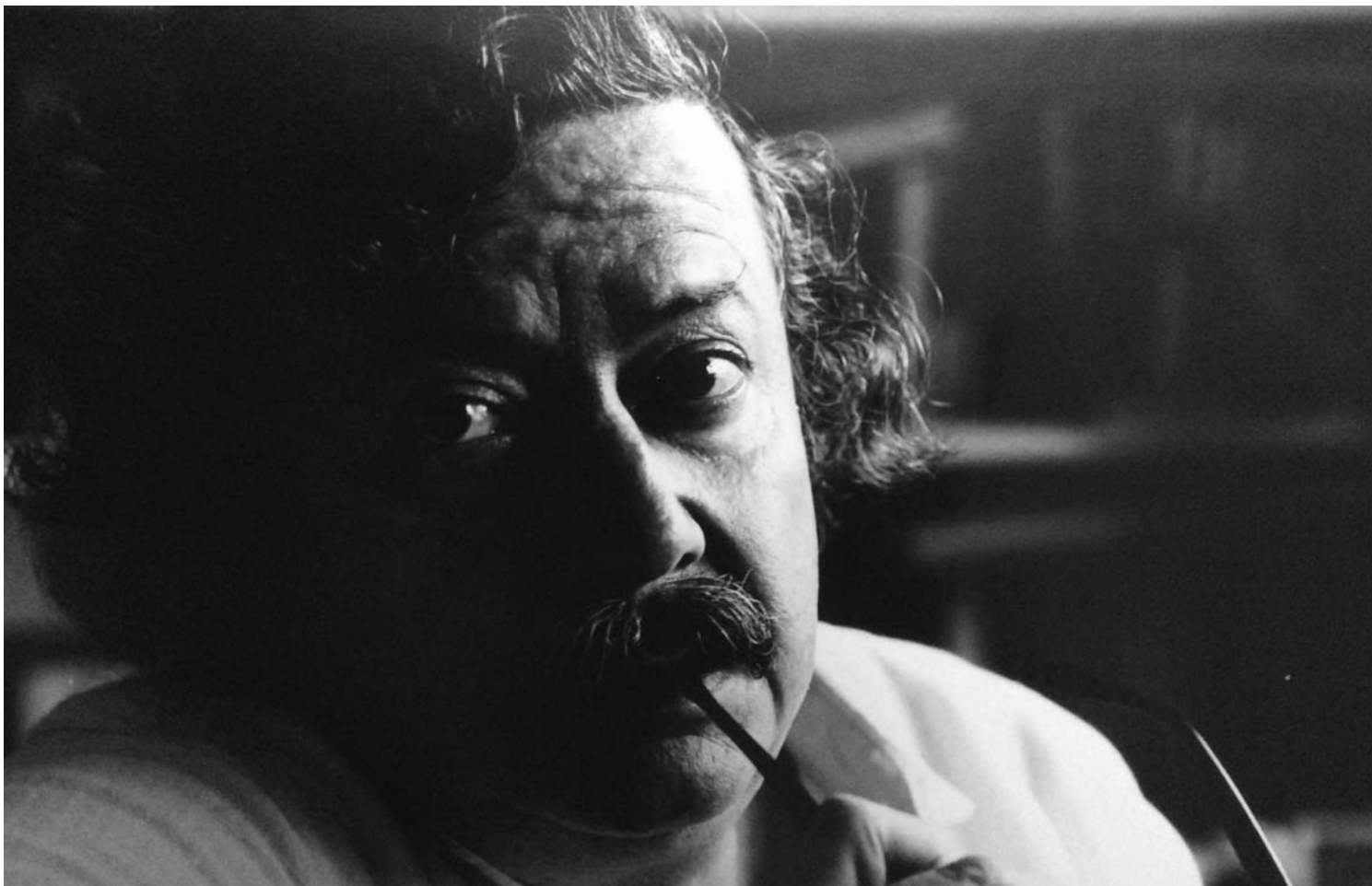
Recuerdo con mucha claridad cuál fue el primer texto de Fernando del Paso que conocí, lo encontré en el número uno de la revista, ahora desaparecida, *Paréntesis*, se trataba de un ensayo intitulado “*Vive la France! O de los usos y abusos del paréntesis*”. No dejaba de sentir asombro mientras leía esa clase magistral, esa degustación de las palabras y esa forma de hacer que el lenguaje hablara por sí mismo. Del Paso explicaba, a partir de un texto que iba alterando, la forma en que el paréntesis podría ser centrífugo, centrípeto, rectilíneo y, en el peor de los casos, oncológico. En aquellos años mi pasión por la prosa nacía gracias a los cuentos de Borges y de Flaubert, sí, paradójicamente no eran sus novelas, fue un cuento como “Herodías” el que me hiciera notar que, cuando se escribe, hay un tono y una elección precisa de las palabras. A partir de ese momento incluí a Del Paso entre mis prosistas predilectos por esas seis breves páginas que aún me hacen vibrar.

Posteriormente, sentí un profundo entusiasmo por *Noticias del Imperio*, una obra a la que me siento incapaz de catalogar, de tantos registros, de tantas aproximaciones a la historia o a la dramatización y de una potencia lírica como muy pocas; un mural cuya profundidad histórica, infatigable documentación y estilo literario impuso un hito en la literatura mexicana. No puedo evitar decir que, al momento de leerla, venían a mi mente los pasajes más intensos de las mejores novelas del siglo XIX, *Rojo y negro* de Stendhal, *El Conde de Montecristo* de Alexandre Dumas, *Nôtre-Dame de Paris* de Hugo o *Salambô* de Flaubert. Me hacía pensar en esas obras, porque me parecen muy superiores a las más representativas de sus autores respectivos, y venían a mi mente porque en *Noticias del Imperio* uno percibe la misma fuerza vivificadora que se experimenta cuando el lector entra a una obra maestra, una gran catedral que hay que recorrer a pie a través de pasillos infinitos, naves interminables que lo van dotando a uno de esa sensación que sólo se logra con el arte mayor: un agrandamiento de la psique. Dos o tres veces me he sorprendido a mí mismo citando esta obra como un fiel juraría sobre la *Biblia*, y otras tantas me he encontrado releendo sus páginas para hallar la eufonía de la prosa, un aliento poético vivaz o la muestra tangible de que la novela es un espacio donde todo tiene lugar.

Definitivamente, fue algo muy parecido cuando me acerqué a *José Trigo, Palinuro de México y Linda 67. Historia de un crimen*, o cuando leí su primer tomo de la trilogía *Bajo la sombra de la historia* o sus

poemarios *Sonetos del amor y de lo diario* o *PoeMar*. En cada una de estas obras me parece encontrar al autor que malea el lenguaje, que sacude o bruñe las palabras para erigir una torre de naipes o para formar una muralla de metáforas.

Porque lo que es y siempre ha sido Del Paso es un poeta, como lo fue Virgilio y como lo fue Dante, aquél que crea de la nada una galaxia paralela a ésta en la que nos encontramos. De esto uno se puede percatar al hacer la prueba más rigurosa, aquélla que usaba Flaubert para cerciorarse de que las líneas recién escritas tendrían la durabilidad, la vigencia de un corazón que palpita y transpira en el momento en que se acomete la lectura. Me refiero a la prueba del *gueulard* (o del vocinglero, en español), leer el texto en voz alta; buscar, ya no la grafía ni la mancha tipográfica, sino la reacción del aire al sentir cómo lo penetran los coros, cómo reacciona el oído a la caricia de las modulaciones, vivir la resonancia en el espíritu, quizá por eso las novelas delpasianas me hacen pensar en sinfonías totales, como las de Beethoven o las Antón Bruckner, porque cuando escucho el adagio de la 7ª sinfonía de Bruckner pienso en Carlota y en la tristeza lánguida que aún reclama que le hagan caso y la ayuden para que no la envenenen, o que recrimina a Maximiliano y lo amenaza con clavarle espinas de maguey en el glande. También lo equiparo con algunas sinfonías de Shostakovich cuando Del Paso nos deja ver la victoria de la batalla en Puebla o nos hace testigos del peregrinaje de Juárez por todo el país llevando a cuestras su dignidad y honra incomparables. Al leer en voz alta a Del Paso los oídos repiten el carillón de aquel *hombre de letras* que nos echa a volar la imaginación, como se libera un haz de luz, para encontrar la identidad de ese mismo personaje anónimo. Pero también me recuerda la 5ª sinfonía de Gustav Mahler, en su segundo movimiento, cuando José Sedano es víctima de la angustia al saber que lo alejarán de la Quinta Borda para que, dizque, aprenda a plantar otro tipo de flores que le gustaban al emperador, pero que en el fondo sólo será un pretexto para que su esposa se bañe desnuda con aquél que llegó como dueño de México para desbaratarle vida. Podría dar más ejemplos de a qué suena la prosa de Del Paso, sólo necesitaría citar la *Sinfonía del Nuevo Mundo* de Dvořák para recordar el primer pasaje de *Palinuro de México*, del mismo modo que veo su propuesta vanguardista a lo György Ligeti en el resto de esta obra. También se oyen algunos valsos y piezas de jazz al ver a David Sorensen en aquella jaula de cristal en la que lo metieron Linda y su padre, el multimillonario Lagrange. Y si evocamos la historia de José Trigo podría decir que me viene a la mente algo más enigmático, como un ballet macabro a lo *El sacrificio de la primavera* de Stravinsky. Todo esto sucede porque la escritura de Del Paso se vuelve música expresiva, imágenes que escalan en el aire, centellas que escriben en el humo del cuarto la historia de México, esa historia que huele a pólvora, ¿o dígame si no es así, don Fernando?



He mencionado la fuerza vivificante, que es uno de los aspectos propios de Del Paso, pero también está el azoro que, para el novelista en ciernes, provoca el estilo, las páginas, los capítulos y las novelas de nuestro autor. Un azoro equiparable al que brota cuando se piensa en Proust, en Faulkner o en Tolstói. Esa extraña perplejidad que se parece al vértigo y que surge cuando esas imaginaciones, esas fortalezas creativas nos van llevando paulatinamente a un grado mayor de inquietud al ir percibiendo la fuerza de sus naturalezas. Esa sensación que hace sentir pequeñito a cualquiera que sepa el esfuerzo que se requiere para escribir una novela. Tan pequeñito que uno empieza a sublimar el acto de la escritura a grados vertiginosos, pero que es la legítima respuesta de una imaginación que ha sido puesta a prueba.

Finalmente, me gustaría destacar la voz narrativa de las novelas delpasianas, pues ésta apela a una ética que nunca cae en el dictado de la facilidad o la cursilería. Cuando describe las torturas de Bazaine, la corrupción de los mexicanos que trajeron a Maximiliano, la frivolidad de aquella corte invasora, el absurdo gusto por el boato,

las miserias de Márquez o de Miramón, o la incongruencia de los países que apoyaron la Intervención, el lector es persuadido de que, de haberse dado la victoria extranjera, México se hubiera quedado en ruinas. Admiro la entereza de Del Paso al no caer en las posturas más conservadoras de muchos autores coetáneos suyos; valoro su rechazo a perder su mexicanidad y su capacidad para nunca confundir cosmopolitismo con malinchismo. No se necesita abundar mucho para subrayar que Del Paso sabe, igual que Juan Rulfo o que Daniel Sada sabían, que el arte se alcanza de forma centrípeta, de cara a la comunidad universal pero creando el idioma propio.

Su narrativa le habla de tú a todas las culturas porque sabe que son el trabajo y el esfuerzo los que otorgan el pasaporte para la grandeza de las tradiciones, sin necesidad de sentirse un entonado o alguien que deja en empeño su prestigio artístico para que le aplauda un auditorio ajeno. Quizá por eso, y por otros muchos motivos, Fernando del Paso siempre ha sido un autor alejado de todas las escuelas literarias, inclasificable en el contexto mexicano, un maestro de maestros, un hombre de letras en el más alto de los grados posibles.